



## **El tapiz del cuentero**

**Carmen Rebeca Dávila la Torre. Perú. 21 años**

Éste es el primer cuento de Carmen Rebeca, una joven estudiante de Callao, Perú. Será por eso que pide con los ojos un público, y que prefiere las palabras de colores, con aromas a vainilla y limón. Y será por eso que le gustan todos los cuentos. Será...



## **El tapiz del cuentero**

Carmen Rebeca Dávila la Torre

Se acomodó el turbante, tendió la alfombra levantando el polvo traído de todos los rincones del mundo por los pies de los comerciantes que llegaban al mercado; y, entonces, sus ojos pidieron un público.

Las caravanas, los zocos, los baños, todos los lugares rindieron su tributo de oyentes, que se fueron acomodando alrededor del cuentero, como los viajeros nocturnos se agolpan en torno al fuego.

Antes de que los oídos comenzaran a regocijarse con las inverosímiles historias, fueron los ojos los encargados de escudriñar el rostro del bardo buscando indicios que pudieran señalar algo sobre el cuento que se avecinaba.

Muchos eran los años que llevaba vividos el cuentero, y muchos también eran los cuentos que habían cobrado vida con su voz. Porque aparte de ser un cuentero, es decir un narrador de historias creadas por otros, él era también un cuentista, un creador, alguien que inventaba dramas, comedias, personajes, los situaba en algún tiempo y lugar, para luego, con la magia de sus palabras, otorgarles efímera existencia.

Yo sólo soy un humilde e insignificante tejedor de alfombras, en este también humilde e insignificante mercado árabe, en un oasis, que más parece una isla de vida en medio del mar de arena, que es el desierto.

Y también, por la misericordia de Alá, soy el amigo del cuentero. No puedo decir desde cuándo, porque no recuerdo un tiempo en que no lo fuera, y cosa rara, no recuerdo ningún tiempo que no sea éste.

Pero el cuentero va a narrar otra historia, y debo acercarme para oírla, como hago siempre, junto a muchos otros

creyentes, que dejan sus labores y negocios para ir en pos de un cuento.

El cuentero comienza con un silencio, que parece parte de la historia, mientras observa a sus oyentes con una mirada paternal. Yo recuerdo haber visto esa mirada miles de veces, justo antes de otros miles de cuentos ya contados y escuchados por mí, al abrigo de la pequeña multitud que siempre se agolpa alrededor del cuentero.

Su barba blanca se entreabre para que las palabras tomen vuelo como aves multicolores que se juntan, se entrecruzan y se separan pintando el cuadro que es este cuento.

Su voz parece, a veces, un pincel con el que pinta un paisaje nublado, un atardecer sangriento, o una noche oscura, negra de terciopelo; otras, es el cincel de un escultor que le da forma a algún personaje de granito. Aunque a veces sus palabras parecen las delicadas manos de un alfarero realizando una delicada obra, cuando describen la belleza de una mujer hermosa, dueña de muchos amores no correspondidos.

No es sólo su voz la que trabaja, también son los gestos, los ademanes, las manos dibujando en el aire caliente que viene del desierto, y sobre todo su expresión. Ese rostro es a la vez mil rostros, puedo ver en él a muchos personajes que van turnándose a través de las historias. La faz del cuentero tiene, por un segundo, la fiera mirada de un guerrero y, de inmediato, presenta el ensimismamiento de un sacerdote experto en las artes místicas. Otras veces adopta la postura angelical de un niño para luego metamorfosearse en un diabólico tigre autor de cien muertes.

Poco a poco las palabras del cuentero se van uniendo en una historia que más parece una melodía tomada de la naturaleza, similar al canto de un arroyo o al susurro del viento.

Una vez más me encuentro cautivado por la trama, ambientes y personajes que el narrador va creando, mientras pienso en el trasfondo de otro cuento que me narró el cuentero hace un tiempo atrás, aunque no podría precisar cuándo.

Se trata de una historia sobre un hombre muy sabio y muy solo. O que tal vez era tan sabio porque estaba tan solo, ya que la soledad es la mejor maestra de la vida.

Y es así que en medio de su soledad, o de su sabiduría, se decidió a inventarse un mundo lleno de personajes mágicos que vivían aventuras y desventuras. Es decir, se volvió un cuentero.

De esa manera logró mitigar su verdad, pero pronto se dio cuenta de que su existencia era una especie de tapiz tejido con todos los cuentos creados por él como si fueran hilos multicolores, y que cuando al fin contara la última historia que completaría el tapiz, llegaría la muerte.

No sé por qué esta historia me viene a la mente en medio de otro cuento que está siendo narrado. Tal vez sea el tono melancólico que usa el cuentero o su semblante cansado que en medio de este ardiente sol lo hace parecer muy viejo.

Pero lo cierto es que el cuentero se va acercando hacia el final de la narración y me parece que estuviera agonizando. Poco a poco su voz se va apagando mientras la trama de su cuento se desenreda y los personajes llegan a la conclusión de su fugaz existencia.

No puedo creerlo, al sonar la última palabra de su narración el cuentero ha expirado. Está tendido en medio de sus oyentes de siempre, pero esta vez todos saben que ya no oirán su voz nunca más.

Una mujer se acerca al cuerpo sin vida y le cubre el rostro con un manto, a la vez que pronuncia entre lágrimas:

—Alá es sabio, todo lo que él hace tiene un porqué.

Todos se movilizan y se prepara el cadáver para un corto velatorio al que seguirá un austero entierro mientras que una enorme tristeza me envuelve de pies a cabeza.

La noche ha caído sobre mí como cae el cabello de una doncella sobre sus hombros y yo estoy contemplando el rostro ya sin vida de mi amigo el cuentero. Puedo apreciar en él la serenidad de quien se va con la conciencia tranquila por haber concluido su tarea.

De pronto mi atención se desvía hacia los asistentes y veo a un hombre algo extraño pero familiar, se me hace conocido aunque estoy seguro de no haberlo visto jamás o al menos no con estos ojos. Poco a poco me doy cuenta de que me recuerda a alguien. Mientras busco en mi memoria dónde he visto antes su turbante con una esmeralda, la gran daga de media luna que lleva en la cintura y mil otros detalles que lo hacen inconfundible, él también parece observarme y se acerca para presentarse con una reverencia mientras me dice:

—Mi nombre es Al-bucassim, jefe de la provincia de Tele-Beba. Es un placer. Que la eterna compasión de Alá sea contigo.

Yo no puedo entender qué es lo que pasa. Ese nombre pertenece al personaje de un cuento, lo recuerdo bien. El cuentero lo narró hace algunos años. Al-Bucassim fue un asesino a sueldo hasta que un sabio derviche, que muere por su mano, lo condena a que viva sintiendo una gran compasión por todo ser vivo.

Al-Bucassim me toma del brazo invitándome a caminar con gesto afable, mientras su voz regala una verdad que nunca esperé conocer.

—Sé lo que estas pensando, me dice frunciendo el ceño. Que me parezco al personaje del cuento sobre la condena del derviche. Pues te digo que yo soy ese personaje.

La sorpresa debe dibujarse en mi faz, pues Al-Bucassim me obsequia una paternal mirada y continúa su improvisado discurso.

—Yo nací en un cuento creado por el cuentero y he vivido ahí hasta el día de hoy en que él ha viajado hacia su encuentro con Alá, el creador de todo el Universo. Pero no creas que soy el único \_me dice con una franca sonrisa enmarcada por su negra y bien cuidada barba para luego, con ademán que abarca un amplio círculo, pretende mostrarme a los demás asistentes al velorio. Y me dice: todos ellos también son personajes de otros tantos cuentos, trata de reconocerlos.

Aunque mi mente se niega a aceptar sus palabras, la evidente realidad se impone y empiezo a observar y reconocer algunos rostros.

Veo al sabio brahmán hindú, contemplativo frente al cadáver del cuentero, y no puedo dejar de recordar el cuento de la cascada en el que habla con los animales.

Todavía me quedan algunas dudas, pero se van pronto disipando por el vuelo de una paloma, que desciende hasta la mano del brahmán. Luego de acariciarla, oigo que le pide una rosa blanca para dejarla sobre el cuerpo del cuentero.

Aunque me resisto a creerlo, el ave se dirige hacia el centro del oasis y regresa con la flor en el pico.

A mi lado Al-Bucassim sonrío, a la vez que señala con la mirada a una mujer joven de negros y profundos ojos.

—¿Recuerdas el cuento de la cautiva y el camellero?, me pregunta.

Yo miro a la mujer, recuerdo el cuento y contesto que sí, que ella es la cautiva, ya la reconocí.

Luego Al-Bucassim y yo nos turnamos señalando y reconociendo personajes de cuentos alguna vez oídos al cuentero:

—Mira, el verdugo que no quiso ejecutar al poeta.

—Y ahí está el poeta, al lado del príncipe de los laberintos, le contesto yo.

—¿Recuerdas a los tres sabios del templo inexistente?\_ Inquiere Al-Bucassim, mientras yo contemplo ensimismado al conversador trío.

—Y tú, ¿escuchaste el cuento de los guerreros del atardecer?, le pregunto yo mientras señalo el grupo de soldados que están alimentado a sus caballos y limpiando sus armas.

—En verdad que hemos venido los personajes de todos sus cuentos, señala Al-Bucassim. Y es así como debe ser, pues todos los hijos deben estar en el entierro de su padre.

Esto último que ha dicho Al-Bucassim parece guardar un enigma, y yo siento un frío intenso y extraño en la punta de mis dedos. Durante el resto del velatorio y el entierro todos han dado muestras de tristeza y congoja, pero yo siento una inquietud similar a un millón de alfileres clavándose en mi carne.

Con temor y esperando que no me responda, le suelto la pregunta en medio de gran nerviosismo:

—¿Pero si todos ustedes son personajes de los cuentos, yo...?, y antes de que pueda terminar Al-Bucassim repregunta.

—¿No recuerdas acaso el cuento acerca del tejedor de alfombras que se hizo amigo de un cuentero?

Quiero decir que no, pero no puedo, porque sí recuerdo ese cuento, de una manera vaga y brumosa aunque lo suficientemente clara como para entender la verdad.

—Yo también soy un personaje de cuento creado por el cuentero, me oigo decir mirando hacia abajo, mientras Al-Bucassim coloca su mano sobre mi hombro.

—Tranquilo, me dice Al-Bucassim, tú fuiste alguien muy especial para el cuentero.

—Lo que me preocupa es nuestro destino, le replicó. ¿Qué haremos sin él?, ¿quién se ocupará de contar los cuentos ahora?

Al-Bucassim me mira con una gran compasión anidada en sus ojos y, a manera de epílogo, me dice:

—Recuerda el final del cuento, el tejedor de alfombras extraña tanto a su amigo el cuentero, que empieza él a contar los cuentos.

No digo nada más, pues ya entendí. Recojo de mi casa una alfombra, y me encamino al centro de la plaza.

Me acomodo el turbante, tiendo la alfombra levantando el polvo traído de todos los rincones del mundo por los pies de los comerciantes que llegan al mercado. Y entonces mis ojos piden un público.